

EL NACIMIENTO

I

Moviéronse las cortinillas blancas del lecho, las sábanas se agitaron, deslizóse la manta roja, primero lentamente, después con rapidez hasta dar en el suelo, y a la indecisa luz de la lámpara asomó entre los blancos paños el rostro moreno de la chiquilla, en el cual ponían dos huecos de sombra los hermosos ojos dilatados por la curiosidad.

Algo pasaba en la casa. Era sin duda la realización del misterio de aquel nacimiento prometido y del cual sólo tenía la idea confusa de un niño Jesús rodeado de finísimas telas blancas, cercado de luces, adorado por la multitud de las gentes que caía de rodillas en torno de una cuna de papel dorado.

Y ella despertaba en el momento preciso.

Porque aún era la noche, y a pesar de ello oíase rumor confuso como de pies que se deslizan cuidadosos, voces ahogadas y algo extrañas que a sus oídos llegaban como acento de llantos comprimidos, pero que debían ser otra cosa. ¿Quién llora cuando nace el niño Dios?

Y era hermosísimo cuadro el de aquella carita morena, mas morena por asomar entre blanquitas cortinas, mirando con ojos grandes y dilatados, inclinada la cabeza, teniendo el oído y los labios entreabiertos por una sonrisa encantadora y picaresca de hembra curiosa, de Eva morriendo a boca llena en la fruta prohibida.

El misterio iba sin duda a realizarse a sus ojos.

Allá, frente a la cama, descubría el risquete de papelón en que la madre había trabajado tantos días, poniendo manchas de rojo caoba sobre amarillenta siena y negro de humo, de todo lo cual resultaba un abigarrado conjunto sin color definido, verdadero volcán en pleno Nazaret con praderas inverosímiles por frondosas de verde trigo y cas-

cadras brillantes e inmóviles de papel verde y molinos de aspas gigantestas manoteando en el monte, todo visto a la indecisa luz de la lamparilla, por ojos de los cuales aún no se apartaba el abultamiento fantástico de los sueños.

Allá arriba divisó, muy lejos, viniendo del Oriente, que debe ser algo más retirado que Melilla, los tres magos, aquellas tres figuras que tanta admiración le causaban, aquellos tres reyes que llegaban a adorar a un pobre niño y a obsequiarle con juguetes, montados en monstruos que participaban del caballo y del camello y de la serpiente y hasta de la morcilla.

Y abajo, en el centro, el hueco oscuro, aún vacío, donde, al decir de su padre, habían de llegar en tal noche la santa Virgen y san José llevando de reata la vaca y la mula, donde al sonar las doces campanadas —y aquí empezaba lo inexplicable— había de nacer el niño, entre la zambra atronadora de zambombas, panderetas, castañuelas, cantos de pájaros, vocerío de pastores, repique de campanas y raudales de luz.

No serían las doce cuando aún el hueco permanecía oscuro y vacío; casi inspiraba terror la profundidad sombría de la cueva.

¡Y qué lástima que el hermano aquel Agustinito, que apenas se arrastraba a gatas por los suelos, estuviese enfermo! No podría gozar de aquel sublime espectáculo, tendría que esperar a otro año.

¡Pobrecillo! ¿Dónde estaría?

Lo habían separado de ella porque la enfermedad se pegaba... algo en la garganta... una cosa fea que llamaban el crup... ¿Estaría mejor?

Y allá en las galerías continuaba el mismo murmullo de voces ahogadas, de pies deslizándose suavemente, algo extraño, impropio de la hora que sin duda preparaba el momento aquel misterioso del nacimiento.

¡Era necesario saber!

II

Echó afuera una piernecilla, luego la otra, deslizó sua-

vemente y puso los pequeños pies en el suelo. Y envuelta en la larga y blanca camisa, siempre con los ojos muy abiertos y sonriendo, pasó a la alcoba de sus padres.

Allí había también muchas sombras... las aumentaban las altas colgaduras del lecho y los cortinajes de las ventanas pesados y sombríos; pero a través de los cristales de la puerta que conducía al salón entraba la ráfaga de luz ancha y temblorosa que se partía en el espejo.

¡Allí estaba el nacimiento... por allí llegaba el misterio!
¡Era necesario ver!

Y empinándose en los pies diminutos quedó extática ante el espectáculo que vislumbraba, con los ojos muy dilatados, la boca abierta en éxtasis de admiración, la naricilla aplastada sobre el cristal

Allá en el centro del salón estaba un trono blanco de encajes, y sobre el trono algo así como una cuna, aunque no era una cuna de las que ella vio hasta entonces, blanca también, blanquísima, adornada con brillantes galones de oro y plata, rodeada de flores blancas, también blanquísimas, y luego luces, muchas luces, la inundación de una aurora colosal, como si el cielo se abriese separándose las nubes y quitando velos a las estrellas, y alrededor, de hinojos, como los pastores, muchas personas, y otras en grupos, de pie y junto al balcón.

Y era lo extraño que ella las reconocía... Allí estaban su abuelos y sus tíos... y allí sentada con los ojos fijos en la cuna, su madre... y junto al trono, encorvado como señal de respeto o adoración, su padre...

Y más extraño aún era que dentro de la cuna había un niño... apenas se veía la cabeza y las manos cruzadas sobre el pecho; pero aquella cabeza pálida, reposada, revelando una tranquilidad y un 'sosiego como ella nunca vio, era la de su hermano, la de Agustinito, a quien ella creía enfermo, luchando con la porquería de las cataplasmas y los jarabes.

¿Aquello era el nacimiento?

E involuntariamente, sin darse cuenta de lo que hacía, empujó la puerta, y con sus pies descalzos, su blanca camisa, los ojos picarescos, la boca llena de risa, se encontró en medio del salón, gritando en el silencio lleno de tristeza:

—¡Ya he visto el nacimiento! ¡Qué bonito!

Y mientras el padre corría a ella y tomándola en brazos huyó hasta la alcoba, y la madre que le seguía cayó sobre el risquete de papelón precipitando a los magos y haciendo rodar las inmóviles cascadas de hojas de lata, y todo el salón comentaba el suceso, y el niño muerto permanecía indiferente, sumido en la paz del sueño eterno, la abuela, con su inagotable fe, murmuraba:

—¡El nacimiento!.. ¡Quién sabe!

LUIS Y AGUSTÍN MILLARES CUBAS